

Sociedad, cultura y poder: la versión de Michel de Certeau¹

María Graciela Rodríguez²

Resumen

Este trabajo se propone dar cuenta sintéticamente de las reflexiones de Michel de Certeau en torno a relación entre la sociedad, la cultura y el poder. Para esto, se presentan primero algunas notas biográficas sobre el autor, donde se pone de relieve del impacto de su trayectoria académica en el despliegue de sus esquemas teóricos, y luego se puntúan los núcleos que atraviesan esos esquemas. Entre otros: la relación de *nominación*, el pasaje de la constitución cultural de un grupo hacia el estatus de grupo político, la discusión sobre los procesos de tomar y dar la palabra, la propuesta de crear una *ciencia de lo particular*, y el par conceptual *tácticas y estrategias*, que será uno de los aportes más fructíferos (más utilizados e incluso sobreutilizados) de su propuesta teórica, según el cual a las estrategias de los poderosos se le oponen, polemológicamente, las tácticas, lugar de la producción cultural del hombre común.

Palabras clave

Puntos de fuga – consumo – tácticas y estrategias – prácticas plurales

Introducción

La relación entre la sociedad, la cultura y el poder ha sido profusamente tematizada por las ciencias sociales. Comprender el papel del poder como principio articulador de los vínculos entre sociedad y cultura (si sociedad y cultura pueden pensarse de manera separada) dio lugar a innumerables reflexiones en sedes académicas regionales y locales, tanto en términos teóricos como metodológicos. En este trabajo pretendo dar cuenta sintéticamente de una de estas reflexiones: los desarrollos de Michel de Certeau. La perspectiva de este autor en torno a la relación entre sociedad, cultura y poder resulta interesante por dos razones: primero, porque en la relación entre cultura y sociedad para

¹ Este trabajo es una versión ampliada y revisada de la clase de oposición presentada para el concurso de Profesora Asociada de Sociedad, Cultura y Poder de la Universidad Nacional de San Martín. Agradezco a Valeria Añón por su paciencia.

² María Graciela Rodríguez es egresada, docente e investigadora del IDAES/UNSAM, doctora en Ciencias Sociales (UBA) y docente de la facultad de Ciencias Sociales (UBA) y de la facultad de Humanidades (UNLP).

De Certeau la cuestión del poder no es una *variable dependiente* a ser restituida, sino que es un elemento primordial en la configuración de la dinámica social. Obviamente que esta centralidad del poder no es original de De Certeau. Sin embargo, y ésta es la segunda razón, lo que el autor propone es observar esta dinámica privilegiando, antes que los dispositivos, las operaciones de los sujetos. Para dar cuenta de estos desarrollos con mayor detalle, comenzaré presentando algunas notas biográficas sobre Michel de Certeau, haciendo foco en los impactos que su trayectoria académica tuvo en el despliegue de sus esquemas teóricos; luego continúo con un punteo de algunos de los núcleos clave que los atraviesan; finalmente, haré una puesta en perspectiva que permita repensar la obra de De Certeau en clave analítica respecto de la relación concreta en sociedad, cultura y poder.

Notas biográficas sobre Michel de Certeau

Michel de Certeau nació en Chambéry, Francia, en 1925, y murió en París, el 9 de enero de 1986. Obtuvo grados en Estudios Clásicos y Filosofía en las Universidades de Grenoble y París. Entre sus estudios están la historia, la filosofía, las ciencias sociales, el psicoanálisis, la lingüística; pocas disciplinas le fueron ajenas a De Certeau, lo cual le permitió combinar sus intereses académicos con una multiplicidad de herramientas teóricas. En 1950 ingresa en un seminario religioso en Lyon, y es ordenado jesuita en 1956. Tiene la idea de hacer misión en China, pero la formación ecléctica de este jesuita y académico francés lo conduce a realizar su doctorado en Teología en La Sorbona, que culmina con la defensa de su tesis en 1960.

Con el objetivo de estudiar a los místicos del siglo XVII en Francia, De Certeau se dedicó en este tramo de su vida académica a indagar sobre el caso del sacerdote Joseph Surin, contemporáneo de Descartes que vivió entre 1600 y 1665, y que fuera enviado a Loudon como exorcista de unas religiosas en 1634. Considerado loco, los escritos de Surin fueron quemados, o destruidos en parte, con lo cual De Certeau se encontró con una obra fragmentaria que debió reconstruir a fin de sustentar su tesis doctoral. Los resultados de esta investigación le provocan un fuerte impacto debido a la toma de conciencia de la distancia diferencial existente entre los cristianos del siglo XVII y los contemporáneos (y él mismo, por propia formación jesuita, entre estos). Como corolario de esta experiencia publica, en 1970, *La posesión de Loudon*. Además de convertirse

en *especialista* en cristianismo del siglo XVII, la toma de conciencia de la distancia entre los discursos institucionales y las creencias de los sujetos será una de las marcas de inicio que de algún modo nortearán la totalidad de su obra.

El segundo hito significativo en su vida es el mayo francés. El año 1968 señala así el fin de lo que algunos biógrafos de De Certeau (Giard, 2006) denominan su período *misionero*. Sumamente impactado por los hechos de la revuelta francesa, ese mismo año escribe lo que luego será *La prise de la parole* (1968) donde reflexiona agudamente, si bien con urgencia (implícita en sus primeros escritos sobre los sucesos), acerca de la distancia entre la objetividad de las instituciones sociales, y la irreductibilidad de la conciencia. Esta inflexión, junto con el impacto del paso del tiempo en las creencias, se convierte en el punto crucial de su desarrollo teórico: la lucha desigual que se entabla entre sujetos e instituciones.

El ingreso al segundo momento biográfico de Michel de Certeau, en 1968, está sesgado por una importante producción de literatura política (*política* no en términos partidarios ni doctrinarios, sino en un sentido amplio). Para esta producción, De Certeau oscila entre dos fuentes: los místicos, y la relación entre cultura y sociedad. Este período es el más fructífero de los tres mencionados por Giard, un período en el cual De Certeau, influenciado por Freud y Lacan,³ construye la arquitectura epistemológica de su andamiaje teórico. Justamente, de este período es su *La cultura en plural*,⁴ reconocido trabajo donde comienza tomando en cuenta ciertas consideraciones epistemológicas para culminar planteando cuestiones políticas que ponen en el centro de la escena los mecanismos culturales de una sociedad democrática.

¿Cómo es que De Certeau produce el pasaje desde la idea lacaniana sobre el efecto de la nominación, hacia la relación de las expresiones culturales con la democracia? Para De Certeau, como en Lacan, la nominación forma parte de un mecanismo que en el mismo gesto de nombrar, reprime: algo de lo oculto queda negado en ese gesto que, a la vez, permite la existencia (de un sujeto en Lacan, de un grupo social en De Certeau). Aún más, para De Certeau el par saber-poder constituye el núcleo central en la construcción de conocimiento de los objetos de corte popular. Por eso mismo es que afirma que la

³ Como es sabido, Michel de Certeau fundó junto con Jacques Lacan la Escuela Freudiana de París, un grupo informal que sirvió como punto focal de discusión e intercambio para aquellos interesados en el psicoanálisis en Francia.

⁴ De Certeau, Michel: *La Culture au Pluriel*, París: Seuil, 1974 [trad. cast: *La Cultura en plural*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1999].

cultura popular es afásica, que no posee textos propios, toda vez que necesariamente debe ser nombrada por otros (esos otros que poseen el poder de la nominación).⁵

Luego, y llevado al plano de la dinámica relación entre sociedad y cultura, en otros capítulos de *La cultura en plural*, De Certeau se detiene en el análisis del pasaje desde la constitución 'cultural' de un grupo, hacia el estatus de grupo 'político'. Este pasaje pone en juego, sustantiva y crucialmente, la discusión profunda y radicalmente democrática de los complejos procesos de tomar y dar la palabra. Ésta es la segunda inflexión significativa en su desarrollo teórico: la relación de nominación que para De Certeau está, constitutivamente, sesgada por la cuestión del poder. Y esto porque la pregunta que le interesa responder a De Certeau no es solamente quién nombra a quién, sino también qué se deja a oscuras cuando algo es nombrado (el deseo en Lacan; la cultura ordinaria en De Certeau). Zonas ocultas, más que *oscuras*; plegadas sobre la misma nominación, antes que *malditas*, sobre estas zonas De Certeau inscribirá su programa de investigación.

Es justamente en este segundo período, post-1968, en el cual produce un conjunto de trabajos centrales para pensar la relación entre sociedad, cultura y poder. Acaso uno de los más influyentes sea *La invención de lo cotidiano*, editado en dos volúmenes,⁶ en el primero de los cuales De Certeau elabora y da cuerpo a las líneas programáticas de su investigación cultural.

Sobre este programa trata el párrafo siguiente. Para cerrar con su biografía sólo se mencionará aquí que el tercer momento de De Certeau (siempre siguiendo a Giard) se abre a mediados de la década del 70, cuando en 1975 comienza a interesarse por temas relacionados con la epistemología de la historia (lo que lo lleva a dialogar con la Escuela de los Anales) y la antropología de las creencias. De este último período son *La escritura de la Historia* (1975) y *La fábula mística* (1982). En paralelo a estos intereses, entre 1975 y 1986, año de su muerte, da clases en Méjico, y más tarde en París. *La toma de la palabra y otros escritos políticos, Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción* y

⁵ Las implicancias de esta afirmación respecto del carácter afásico de la cultura popular no son menores. Si bien no todas las perspectivas teóricas sobre cultura popular se hacen eco de esta cuestión, algunas tradiciones han aportado *salidas* al intrínquilis presentado por De Certeau. Son conocidos, por ejemplo, los argumentos de Ginzburg (especialmente, 1981) en relación con la necesidad de avanzar en el estudio de la cultura popular más allá de estos escollos, y del carácter conjetural que tiene el tipo de conocimiento así producido.

⁶ De Certeau, 1996; y De Certeau, Michel; Giard, Luce y Mayol, Pierre, 1980.

La debilidad del creer se publican en forma póstuma (en 1994, 1987 y 1987 respectivamente).

El lugar de las prácticas en la teoría de De Certeau

Puede decirse que la de De Certeau es una teoría *polemológica* (*polemos*, del griego: guerra),⁷ desde el momento en que coloca en el centro de su desarrollo teórico la primera de las preocupaciones revisadas aquí: la disputa desigual que la dinámica social entabla entre instituciones y sujetos. Gran lector de Foucault, De Certeau considera crucial la voluntad de construir una teoría de las prácticas cotidianas haciendo suyos los presupuestos foucaultianos respecto de las dinámicas de las sociedades disciplinarias.⁸ Si para Foucault todo dispositivo lleva en sí mismo, constitutivamente, la posibilidad de encontrar una ‘falla’, un sitio donde escapar a la vigilancia y al control, de Certeau se va a colocar en la perspectiva de los puntos de fuga. Sus actores, por lo tanto, no serán las instituciones, sino los sujetos. Allí donde Foucault desmenuza los dispositivos de control y disciplinamiento, De Certeau se va a ubicar *del otro lado* de esos dispositivos, en los lugares en los que sujetos comunes y ordinarios viven su vida cotidianamente, para observar las fugas, las anti-disciplinas.

Estas fugas no son etéreas formas sin sujeto: son prácticas, y aún cuando son ocultas, diseminadas y heterogéneas, dejan marcas en el sistema. De Certeau engloba a estas prácticas en la figura del consumo, categoría que remite, no a la última actividad de un proceso *cerrado* (producción-circulación-consumo), sino al comienzo de otra actividad, invisible, abierta, oculta (*nocturna* dirá, poéticamente, De Certeau). El consumo es aquí entendido como la acción que realizan los sujetos en los intersticios de los dispositivos de poder.⁹

El gran objetivo de este período De Certeau es construir una teoría de las actividades de los practicantes (entendidas como una producción-otra), que son inherentes a la vida cotidiana. Porque esta disputa entablada entre sujetos e instituciones se pone en juego en el marco de la vida cotidiana: unos hombres ordinarios, figuras anónimas y múltiples de

⁷ Una de sus lecturas favoritas fue *El arte de la guerra*, de Sun Tzu (1972).

⁸ Decir sociedad disciplinaria, y no *disciplinada*, es justamente uno de los núcleos argumentales de Foucault en relación con las configuraciones del poder. Dicho en palabras sencillas, una sociedad *disciplinada* no tendría necesidad de renovar los dispositivos de vigilancia y control. El adjetivo *disciplinaria* aplicado a *sociedad* indica, por el contrario, que estos dispositivos requieren ser recursivamente generados para evitar, o paliar, justamente, las fugas.

⁹ Aunque De Certeau se muestra reticente a hablar de *consumidores*. Prefiere hablar de *practicantes*.

todos los días, producen prácticas ordinarias, anónimas y múltiples, todos los días. La vida cotidiana es el gran escenario que fascina a De Certeau, un escenario de prácticas acaso no tan rutilantes como las acciones extraordinarias de hombres extraordinarios, pero que poseen su propio resplandor: el de la vida cotidiana.¹⁰ No obstante, dice De Certeau, estas prácticas *producen cultura*: una cultura múltiple, heterogénea y plural a la que, justamente, denomina *cultura en plural*. Y quienes la producen son sujetos.

Cabe aclarar, sin embargo, que la teoría de De Certeau no es subjetivista en un sentido pleno, aún cuando el peso que le otorga a las acciones de los sujetos podría sobreinterpretarse como un exceso de indeterminación.¹¹ En verdad, sostiene que el espíritu *polemológico* de su teoría responde, justamente, a un punto de partida que implica reconocer la desigualdad social. Y afirma que lo que intenta iluminar son los modos en que, en el marco de esa desigualdad, los sujetos encuentran intersticios donde operar de modos heterónomos. Por otro lado, advierte que no son los sujetos en tanto individuos los que le interesan, sino las *operaciones* que estos realizan. Este desplazamiento, desde los sujetos a las operaciones, ubica a su teoría a distancia de ciertas perspectivas *optimistas* que celebran de manera acrítica la supuesta libertad de los sujetos. Además, pone en foco a la cuestión de unas prácticas que están reguladas por el sentido práctico, pero con una inflexión respecto de la noción bourdieuana: se trata de los mecanismos de un hacer cultural, donde el consumo, *desviado* por naturaleza, se erige en el lugar por excelencia de prácticas fundamentalmente culturales.

Esos desvíos se realizan sobre los productos de una cultura que se declina en singular (homogénea, única, visible). Pero si bien frente a la luz abrasadora de la Cultura en singular De Certeau opone el resplandor particular de una cultura en plural (el lugar de la multiplicidad, la heterogeneidad y la creatividad ordinaria), no se trata ni de un estudio de la cultura popular, ni tampoco de las resistencias a los regímenes de poder. Las prácticas de la cultura en plural, operatorias, orales y ordinarias por definición,¹² son del orden de lo humano e implican una posición de sujeto: la posición de consumidor, de no-productor. Que la gran mayoría silenciosa (parafraseando a De Certeau) forme parte, sociológicamente, de los sectores más desposeídos (*los débiles*), señala que probablemente esta cultura en plural alimente a la cultura popular; pero esto

¹⁰ Desde ahí (desde esa gran *mayoría silenciosa*) es que De Certeau parte para elaborar sus argumentos en torno a la cultura popular.

¹¹ De hecho, ésta es una de las derivas acríicas retomadas con más ligereza de las lecturas *decerteausianas*. Para ampliar ver Sarlo, 2001.

¹² Esta triple condición será retomada más adelante.

no quita que *los poderosos*, en una específica posición de sujeto, no sean consumidores también. Habría entonces, en esta argumentación, dos dimensiones superpuestas aunque sin vínculos de necesidad: una dimensión que resulta de la posición de sujeto (no-productor), y otra que indica que quienes conforman mayoritariamente el grupo de los no-productores son los sectores ubicados en las posiciones más desfavorables de la estructura social. Por este camino, el argumento *decerteausiano* conduce a un solapamiento con cuestiones relacionadas, sociológicamente, con la cultura popular.

Para dar cuenta de estas prácticas culturales en sentido amplio, De Certeau se propone crear una *ciencia de lo particular* que ponga en relación la vida cotidiana con las circunstancias particulares del hombre y la mujer comunes, y que reconstruya, entonces, los ‘estilos de acción’ del sujeto ordinario. Tiempo, lugar, forma y situaciones son los elementos que le permiten ordenar su matriz de análisis, y establecer simultáneamente un método de indagación que De Certeau organiza en tres niveles: las modalidades de la acción (por ejemplo, el escamoteo); la formalidad de las prácticas (por ejemplo, a través de los relatos de las partidas); y los tipos de operaciones de esas prácticas (por ejemplo, de desvío). Para ello De Certeau da dos pasos: en el Tomo I de *La invención de lo cotidiano* elabora su programa teórico, y en el Tomo II presenta, junto con sus discípulos, los resultados de la aplicación de la teoría en un programa de investigación concreto.

En el Tomo I, la fase de elaboración teórica, De Certeau echa mano de recursos teóricos de diversa procedencia y se apropia críticamente de ellos. Tómese esto como una *marca* biográfica, en el sentido de que, como se mencionó, su formación académica se caracterizó por una suerte de *eclecticismo crítico*: Foucault, Bourdieu (en especial el Bourdieu etnólogo), Wittgenstein, Benveniste desfilan por las páginas dándole la oportunidad de combinar elementos de la lingüística, la sociología, la antropología, la teoría de la enunciación, entre otros, y a darle validez como instrumentos teóricos para la reconstrucción de esas prácticas constitutivas de la cultura en plural.¹³

De esta combinación de teorías surge un par conceptual, el de *tácticas* y *estrategias*, que será uno de los aportes más fructíferos (y más abusivamente utilizados) de su propuesta teórica. En breve, a las estrategias de los poderosos se le oponen, polemológicamente, las tácticas, que son el lugar de la producción cultural del hombre común.

¹³ Vale la pena mencionar, además, que en los capítulos finales del Tomo I de *La invención...*, De Certeau pone a prueba estos instrumentos, escribiendo tres espléndidos ensayos referidos al espacio, la lectura y la creencia.

Por *estrategias* De Certeau concibe a aquellas acciones producidas por/ desde las instituciones. Poseen un lugar propio; presentan capacidad de anticipación; organizan el espacio y el tiempo cotidianos; dictan leyes, normas y prescripciones; producen discursos y textos; se sostienen en el peso de la historia; se sedimentan en el tiempo acumulado. Son, en fin, acciones de los poderosos, de los productores.

Las *tácticas*, por el contrario, son caracterizadas por De Certeau como unas prácticas de desvío producidas por los débiles, los consumidores; no poseen lugar propio sino que deben actuar en los escenarios del otro; son prácticas fugaces que aprovechan el tiempo; dependen de la astucia; no anticipan; usan las fallas y fisuras del sistema; no capitalizan lo que ganan.¹⁴ Las tácticas, en fin, no poseen autonomía, a pesar de lo cual marcan con su ejercicio los productos del poderoso. Estas marcas, aunque débiles, silenciosas y poco luminosas, son cultura.

Aún con algunas imprecisiones, finalmente el par conceptual tácticas-estrategias le permite a De Certeau distinguir analíticamente, en un nivel de abstracción tendiente a construir su teoría, las modalidades de acción (el escamoteo), la formalidad de las prácticas (unas reglas de juego que remiten a la categoría bourdieuana de sentido práctico), y el tipo de operaciones (el desvío).¹⁵

Un ámbito paradigmático de aplicación de esta teoría es la ciudad. Entendida como una estrategia (de los urbanistas) que a su vez produce normas y textos (los mapas), esta es la ciudad observada 'desde arriba'. Pero simultáneamente hay otra ciudad: la ciudad vivida, un espacio hecho por otros, lugar por donde caminan los sujetos quienes, en el trajín cotidiano, la van marcando con sus trayectos plurales y heterogéneos, cambiando desde ahí la cartografía urbana, jugando en los intersticios. Estos practicantes operan sobre un espacio que, antes que un orden fijo, quieto e inmutable, implica vectores de dirección, velocidad y tiempo, es decir un lugar practicado, donde se realizan

¹⁴ Claro que esta última afirmación (que las tácticas no capitalizan lo que ganan) puede ser refutada en confrontación con algunas investigaciones que dan cuenta de cierto grado de capitalización de las tácticas, de acumulación y sedimentación en términos de una memoria que sólo es legible en las mismas prácticas. A su vez, desde una perspectiva puramente teórica, y siguiendo al pie de la letra la teoría de De Certeau, si hay capitalización ya no se trataría de una táctica sino de una estrategia. Pero a la vez, entre una táctica y una estrategia la teoría deja un hueco imposible de llenar, ya que por definición el par conceptual no permite distinguir las acciones *intermedias* situadas a mitad de camino entre una y otra.

¹⁵ Aquí recupera la teoría de la enunciación para *analogar* la diferencia entre la lengua (el sistema) y el habla (el uso de un dispositivo). En este sentido, De Certeau se apropia de la teoría de Benveniste para enfatizar, particularmente, en dos atributos del uso de la lengua que serían homologables a las prácticas de los débiles: las marcas que dejan los hablantes (los décticos) y las combinaciones que estos realizan por selección de fragmentos.

operaciones hechas por sujetos concretos.¹⁶ La práctica cotidiana opera marcando el territorio estratégicamente diseñando por el poderoso; allí el débil recombina las reglas y los productos que ya existen, y hace un uso de ese existente bajo su influencia, aunque no totalmente determinado por sus reglas. Porque desde la perspectiva de De Certeau las prácticas no son ‘libres’ sino que poseen un grado de indeterminación relativa.

El gran desafío de este pensador es hacer una teoría de esas prácticas. Y el problema, desde el punto de vista de su teoría, se plantea precisamente en el momento de intentar teorizar sobre unas prácticas sin textos propios; porque al ser ocultas y diseminadas (*nocturnas*), se corre el riesgo de producir el gesto de violencia derivado del efecto de nominación, gesto denunciado por el mismo De Certeau.¹⁷ La complejidad a la que se enfrenta implica la operación de formalizar lo no-discursivo, aquello que no posee soporte institucional, ni normativo, ni textual, pero sin traicionar el núcleo central que las constituye como prácticas del débil.

Por otro lado, y dejando en suspenso la complejidad epistemológica derivada de su teoría, hay dos cuestiones que interesa resaltar de su armadura analítica: en primer lugar, que la operación de reconstrucción de las prácticas requiere una inversión de un punto de vista omnicompreensivo que exige cambiar la escala de observación para mirar al ras de los sujetos; en segundo lugar, supone también una importante diferencia con otras tradiciones teóricas que consideran a la cultura como un repertorio de bienes. El punto de focalización de De Certeau es sobre las operaciones, sobre lo que los sujetos hacen sobre ese repertorio de bienes. Por eso, lo importante es observar los consumos de los bienes, la organización de los espacios y sus usos, las apropiaciones y los desvíos dentro de los límites de los dispositivos. Para el programa de De Certeau, en las operaciones se produce cultura. Una cultura en plural, heterogénea y múltiple, que se opone polemológicamente (es decir, no solamente por posición en la estructura, sino por la disimetría en la relación de poder) a una Cultura en singular (y en mayúscula) que sería homogénea y única.

Ahora bien: ¿cómo son estas prácticas plurales? ¿Qué características poseen? Ya en *La cultura en plural* De Certeau caracteriza a esta cultura como un conjunto de operaciones que producen los débiles sobre los productos de los poderosos. Y en *La invención de lo*

¹⁶ De Certeau diferencia entre el concepto de *lugar*, que señala un “orden según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia”, y el de *espacio*, que es “el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales” (1996:129).

¹⁷ En verdad, desde el propio marco *decerteausiano* no hay *salida* posible a esta cuestión.

cotidiano II los autores plantean que la cultura en plural supone tres dimensiones: la oralidad; la operatividad; y lo ordinario. ¿Por qué estas dimensiones?

1. La oralidad: en el espacio de lo comunitario, del intercambio social cotidiano, se requiere de una competencia oral y no verbal y/o gestual para comunicarse con el otro. La conversación está en todas partes, dice De Certeau. En el café, en las plazas, en el mercado, en las veredas del barrio, en la feria... Esto no significa que los practicantes sean analfabetos, sino que la competencia implicada en este intercambio es fundamentalmente oral, y no escrita.
2. La operatividad: la producción cultural de los débiles se juzga por sus operaciones y no por sus productos.¹⁸ Esta producción cultural cobra poder por lo que se hace con aquello que es recibido. E implica, por eso mismo, un gesto ético (de inconformismo), y otro estético (imprime un sello propio).
3. Lo ordinario: remite a un consumo, con códigos propios, que pluraliza la homogeneidad de los bienes. Un consumo que se realiza en la vida cotidiana de modos casi *invisibles*, en lo que De Certeau describe como zonas ocultas a la mirada panóptica, lo que va armando, parafraseando a Martín Barbero (1987), un *mapa nocturno* de los trayectos de los practicantes.

En *La invención de lo cotidiano II*, De Certeau, Giard y Mayol vuelcan el programa teórico elaborado en el primer tomo, en un conjunto de investigaciones de campo. El financiamiento para realizar el programa de Investigación sobre las Prácticas Cotidianas les permitió, en 1972, tomar una serie de objetos diferentes (cocinar, habitar la ciudad, espacios de *socialidad*), para ser atravesados por una misma perspectiva metodológica de observación. El proyecto parte del supuesto de la existencia de una actividad oculta en las prácticas cotidianas (unas *artes de hacer*), actividad cultural sólo observable a través de las operaciones. La hipótesis central es que, debajo de esas prácticas ligeras y silenciosas, obligadas a adaptarse a las circunstancias cotidianas y a las restricciones del sistema, la gente ordinaria es menos obediente y sumisa que lo que las autoridades creen y/o dicen.

Claro que si el principal objetivo de la investigación es observar a los débiles produciendo desvíos en los intersticios que dejan los espacios restringidos de los poderosos, la dificultad más seria proviene de definir la formalidad de esas prácticas, de hacer teoría sobre esas formas sin forma. Y además, simultáneamente, el intento de reconstruir las reglas y abstraer de ellas elementos formales, cuidando de no traicionar

¹⁸ Este es el punto en el cual Sarlo focaliza para discutir con quienes realizan, en sus palabras, una lectura abusiva de De Certeau. Ver más en Sarlo (2001).

la esencia de su heterogeneidad constitutiva, podría conducir a la descripción unitaria de unas prácticas que extendiera el listado al infinito y que, *respetuosamente*, no hablara por ellas.

De todos modos, esta tarea de investigación abordada por el grupo liderado por De Certeau quedó inconclusa. Además de su muerte, en 1986, posiblemente la vastedad del campo a investigar de algún modo fuera un augurio de que la empresa nunca pudiera completarse.

Me parece necesario rescatar, llegados a este punto, tres cosas que nos ha legado De Certeau y que permiten relativizar algunas afirmaciones en torno a la relación entre sociedad, cultura y poder: primero, que en la vida cotidiana también se produce cultura; segundo, que esta cultura (en plural) se mide por sus operaciones; y tercero, que un programa de investigación que tenga en cuenta las disimetrías sociales y culturales debe poder escalar la mirada, observar el ras.

Algunas líneas de cierre (que quieren abrir)

La teoría de De Certeau pone en foco, crucialmente, la relación entre sociedad, cultura y poder. Y tanto teórica como analíticamente, De Certeau postula la capacidad de la gente común de hacer cultura, de erosionar, de modificar lentamente las representaciones autorizadas, aceptadas y comunicables de la sociedad en la que viven. La existencia de zonas *blandas* (De Certeau, 1999) en la cultura que habilitan su modificación, señala hacia la carga política implicada en los intentos de obtener autoridad, legitimidad y poder en el mismo acto de producción, de tomar la palabra. Son estas acciones las que habilitarían a ciertos grupos a ocupar un lugar ocupado por otros (y por eso mismo disputable). Porque básicamente la cuestión central del argumento *decerteausiano* es que señala a la acción cultural como motor de los cambios.

Uno de los flancos desde donde la teoría de De Certeau ha recibido críticas reside precisamente ahí, en aquellos elementos que sugieren una lectura de la dimensión cultural de las prácticas en clave insurreccional. Y sin embargo, los escritos de De Certeau no parecen confundir *insurrección* con desvío.

Tres acotaciones pueden hacerse al respecto. Por un lado, considerar la vida cotidiana como una permanente desobediencia civil, implica restar importancia a los momentos en los cuales la vida cotidiana se afirma y se sostiene en la reproducción. Así como la gente no puede protestar todo el tiempo (Thompson, 1992), tampoco es serio pensar que

todo desvío genera necesariamente una insurrección. Y aunque así lo fuera, es un error (conceptual y analítico) confundir una forma de insumisión cultural con la modificación efectiva de las condiciones de vida.

Por otro lado, como señala Abal Medina (2007), la versión dicotómica del par conceptual tácticas-estrategias, sugiere que las primeras le siguen a las segundas; éstas a su vez se reconfiguran (ajustan sus mecanismos de control) según la acción de las primeras; y así sucesivamente. Esto vendría a sugerir que la calidad del vínculo entre el par conceptual es de tipo reactivo, calidad que Foucault (de quien De Certeau era gran lector) nunca postuló, porque más bien lo que plantea es que el poder y la resistencia son parte constitutiva del mismo dispositivo. Además, como Abal Medina señala, este dispositivo produce un tipo particular de subjetivación que incide en las formas de resistencia de los sujetos.¹⁹

Finalmente, la lectura de las investigaciones de campo (especialmente las volcadas por De Certeau y sus discípulos en el Tomo II de *La invención...*) conducen a un efecto contrario al que se supone sería la presentación de las tácticas de antidisciplina. Y es que en la descripción minuciosa de las prácticas cotidianas aparece no sólo la dinámica de los desvíos sino también, y de modos mucho más rotundos quizás, la dinámica de la reproducción. En estos escenarios, los desvíos son un tibio resplandor dentro de lo cotidiano, lo ordinario y lo minúsculo; un resplandor que termina ahogado en la imperceptible pero contundente reproducción de la vida.

Bibliografía

ABAL MEDINA, Paula (2007): “Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau”, en: *Kairos, Revista de Temas Sociales*, año 11, n° 20, noviembre, Universidad Nacional de San Luis.

DE CERTEAU, Michel (1999): *La Cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión.

----- (1980): *L’Invention du quotidien I. Arts de faire*, París, Gallimard. [trad. cast.: *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, México, Iteso, 1996].

----- (1994): *La Prise de la parole et autres écrits politiques*, París, Senil. [*La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México, UIA-Iteso, 1995].

¹⁹ Aunque este diálogo ameritaría más que una nota al pie, sólo para señalar una agenda de debate posible es necesario aclarar que el concepto *decerteausiano* de desvío no es homologable al de *resistencia*, que es el que Abal Medina utiliza como concepto vertebrador de sus notas. De todos modos, me parece que el de Abal Medina es un trabajo que deslumbra por sus sensatos y rigurosos aportes en relación con los desarrollos de De Certeau.

- (1987): *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, París, Gallimard. [*Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, México, UIA-Iteso, 1995].
- (1987): *La Faible de croire*, París, Senil. [*La debilidad del creer*, Buenos Aires, Katz editores, 2006].
- (1982): *La fable mystique*, París, Gallimard. [trad. cast.: *La fábula mística*, México, UIA-Iteso, 1993].
- (1975): *L'écriture de l'histoire*, París: Gallimard [trad. cast.: *La escritura de la historia*, México, UIA-Iteso, 1993].
- (1974): *La Culture au pluriel*, París, Seuil [trad. cast.: *La Cultura en plural*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999].
- (1970): *La Possession de Loudun*, París, Gallimard
- (1968): *La Prise de la parole*, París, Desclée De Bouver.
- , GIARD, Luce y MAYOL, Pierre (1980): *L'Invention du quotidien II. Habiter, cuisinier*, París, Gallimard. [*La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar*, México, Iteso, 1996].
- GIARD, Luce (2006): “Introducir a una lectura de Michel de Certeau”, en: Rico de Sotelo, Carmen (coord.), *Relecturas de Michel de Certeau*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 15-31.
- GINZBURG, Carlo (1981): *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnick.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Gustavo Gili.
- SARLO, Beatriz (2001): “Retomar el debate”, en: *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SUN TZU (1972): *L' Art de la guerre*, París, Flammarion. [trad. cast.: *El arte de la guerra*, Buenos Aires, Pluma y Papel, 2004].
- THOMPSON, Edgard (1992): “Folklore, antropología e historia social”, en: *Entrepasados*, año II, n° 2, Buenos Aires.